

XXXVI.

Mientras concluía esta obra, dedicaba ciertas horas del día á trabajar, cuándo en el salero, cuándo en el Jove.

Por aqueste tiempo había yo terminado por completo el salero, por emplear en su trabajo muchas más personas de las que podía dedicar al Jove. Había regresado el rey á París, y fui en su busca, llevándole acabado dicho salero; el cual, según dije más arriba (1), era de forma ovalada, tamaño de cerca de dos tercios de braza, todo él de oro, trabajado á fuerza de cincel.

Como dije cuando hablé del modelo, había figurado el mar y la tierra sentados uno y otro, cruzando entre sí las piernas, al modo como entran ciertas prolongaciones del mar en la tierra y otras de la tierra dentro del mar; y así con propiedad habíales dado aquella postura.

En la mano derecha del Mar había puesto un tridente, y en la izquierda una barca sutilmente trabajada, para poner en ella la sal. Bajo aquesta figura puse cuatro caballos marinos, que hasta el pecho y las patas delanteras eran de caballo y toda la parte desde en medio atrás era de pez; estas tolas de peces se entrelazaban de gracioso modo; encima de este grupo sentábase con actitud muy altiva el mencionado mar, quien tenía

(1) Véase el capítulo II del libro II.

á su alrededor muchas suertes de peces y otros animales marinos. El agua estaba figurada con sus ondas, esmaltándola luego muy bien con su propio color.

Había figurado la Tierra por medio de una bellísima mujer, enteramente desnuda, lo mismo que el varón, con el cuerno de la abundancia en la mano derecha; á la mano izquierda de ella había puesto un templete del orden jónico sutilísimamente trabajado, donde acomodar la pimienta. Por bajo de aquesta mujer había hecho los más hermosos animales que produce la tierra; y las rocas habíalas parte esmaltado y parte dejado de oro.

Luego había puesto dicha obra sujeta en una base de ébano negro, de bien concertadas proporciones, con una pequeña moldura; en esa base había colocado cuatro figuras de oro de más que medio relieve, representando la Noche, el Día, el Crepúsculo y la Aurora. También había allí otras cuatro figuras del mismo tamaño, representando los cuatro vientos principales, hechas con suma delicadeza, y parte esmaltadas con el mayor gusto que imaginarse pueda.

Cuando expuse esta obra ante los ojos del rey, dió un grito de estupor, y no podía saciarse de mirarla; después me dijo que la volviese á llevar á mi casa, y que á su tiempo me diría lo que tuviese yo que hacer de ella. Llevémela á casa y enseguida invité á muchos queridos amigos míos y comí con ellos con grandísimo gozo, poniendo el salero en medio de la mesa, y fuimos los primeros en usarlo. Luego seguí trabajando para concluir el Júpiter de plata y un gran vaso ya mencio-

nado, adornado todo él con muchos agradabilísimos ornamentos y con bastantes figuras.

XXXVII.

Por aquel tiempo el antedicho pintor Bologna dió á entender al rey cómo convenía que Su Majestad le dejase ir hasta Roma y le diese cartas de recomendación, por las cuales se le permitiese vaciar las más hermosas estatuas antiguas, á saber: Laoconte (1), Cleopatra (2), Venus (3), Cómodo (4), la Zíngara (5), y el Apolo (6); verdaderamente son aquestas las más bellas cosas que hay en Roma.

Y decía al rey que cuando Su Majestad hubiese visto

(1) Grupo representando al gran sacerdote de Neptuno y sus hijos acometidos por una colosal serpiente, que los entrelaza con sus anillos.

(2) Creíase que representaba á la famosa reina de Egipto, por llevar un brazaletes en figura de culebra; pero representa á Ariadna abandonada por Teseo en Nasso, en el momento de quedar dormida y poco antes de llegar Baco.

(3) Créese que es copia de la Venus de Gnido hecha por Praxiteles; está de pie, desnuda en el baño, en actitud de extender la mano hacia una sábana para enjugarse.

(4) No es el retrato del emperador Cómodo, sino un Hércules cubierto con la piel de león y llevando en los brazos un niño, que es su hijo Telefo, ó Ajax Telamon.

(5) Creíase que representaba á una zingara en actitud adivinatoria; pero en realidad representa á Diana, conservando aún el tahalí de donde debía pender el carcax.

(6) El Apolo Pítico, llamado vulgarmente de Belvedere; representa el momento en que ha muerto con sus dardos á la serpiente Piton.

después aquellas portentosas obras, entonces sabría formar juicio sobre las artes del dibujo; porque todo aquello que había visto de nuestros modernos estaba muy lejos de la excelencia de los antiguos. Conformóse el rey y expidióle todas las cartas comendaticias que le pidió. Así se fué en hora mala aquel bestia. No teniendo ánimos para trabajar con sus manos en competencia conmigo, inventó aquel otro lombardo expediente, tratando de rebajar mis obras, haciéndose vaciador de antigüedades. Y apesar de que las había hecho vaciar muy bien, produjeron un efecto enteramente contrario de aquel que se imaginara; cosa que luego diré en su lugar.

Había yo roto por completo con la mencionada Catalina, y aquel pobre joven desgraciado del marido marchóse de París; y queriendo acabar yo de limpiar mi Fontainebleau, la cual estaba ya fundida en bronce, así como para hacer bien aquellas dos Victorias proyectadas para los ángulos laterales del medio punto de la puerta, tomé una pobre muchacha de unos quince años de edad. Era muy hermosa en las formas de su cuerpo y bastante morenita; y por ser un poco salvaje y de poquísimas palabras, veloz en su andar y ceñuda en sus miradas, aquestas cosas tales fueron causa de que la llamase yo Scorzone (1); su nombre propio era el de Juana.

(1) Significado *propio*: serpiente negra venenosa; *figurado*, rústica, aldeana.

Con esta deliciosa muchacha acabé muy bien la mencionada Fontainebleau de bronce, y aquellas dos Victorias para la puerta. Esta jovencita era pura y virgen y yo la hice madre; pariéndome una hija en 7 de Junio de 1544, á la hora décimatercia del día, cuando estaba yo precisamente en los cuarenta y cuatro años de mi edad. Puse á dicha hija el nombre de Constanza, y fué tenida en la pila bautismal por el M.^o Guido Guidi, médico del rey y muy amigo mío, según de suso llevo escrito. No hubo más compadre que él solo, porque en Francia hay la costumbre de un solo padrino y dos madrinas; una de ellas fué la señora Magdalena, mujer del señor Luis Alamanni, gentilhombre florentino y asombroso poeta; la otra comadre fué la mujer del señor Ricardo del Bene, conciudadano nuestro florentino y gran mercader allí, siendo ella una gran señora francesa.

Este fué el primer hijo que hasta entonces tuve á lo que recuerdo. Doté á dicha muchacha con algunos dineros, cuantos quiso una tía suya á quien la entregué; y desde aquel punto no la conocí más.

XXXVIII.

Apresuré mis obras, que llevaba muy adelantadas: el Júpiter tocaba casi á su fin, é igualmente el vaso; la puerta comenzaba á poner de manifiesto sus bellezas.

Por aquel tiempo llegó el rey á París, y aun cuando he dicho que el nacimiento de mi hija fué en 1544, aun no había pasado el 1543; mas como ahora se me ha ocu-

rrido hablar de aquesta hija mía, por no detenerme á expensas de cosas de más importancia, no volveré á hablar de ella hasta su sitio correspondiente.

Vino el rey á París, como llevo dicho, y enseguida se presentó en mi casa, encontrando tan adelantadas aquellas obras, que los ojos podían satisfacerse muy bien (así como lo hicieron los de aquel portentoso rey, quien quedó tan satisfecho de las mencionadas obras, como pueda apetecer uno que trabaje tanto como yo lo había hecho). Acordóse en el acto por sí mismo de que aquel susodicho cardenal de Ferrara no me había dado ninguna cosa, ni pensión, ni nada de aquello que habíame prometido; y murmurando con su almirante, dijo que el cardenal de Ferrara se había portado muy mal no dándome nada; mas que deseaba remediar aqueste inconveniente, pues veía que era yo un hombre de pocas palabras, y que cuando menos se creyera me marchaba sin decir ninguna.

Marchóse de allí á casa, y luego de comer Su Majestad, encargó al cardenal que dijera en su nombre al intendente real cómo me pagase lo más presto que pudiese siete mil escudos de oro en tres ó cuatro pagos, según le fuese más cómodo, con tal de no incurrir en falta, y además replicó diciendo:

—Os dí en custodia Bienvenido, y vos lo habéis olvidado.

El cardenal dijo que haría con sumo gusto todo cuanto decía Su Majestad. El referido cardenal por su mal alma dejó pasar aquesta voluntad al rey. Mientras tanto

umentaban las guerras; y fué durante el tiempo en que el emperador venía contra París con su grandísimo ejército.

Viendo el cardenal que Francia hallábase con gran penuria de dinero, y ocurriendo un día hablarse á propósito de mí, dijo:

—Sacra Majestad, por obrar mejor no he hecho dar dinero á Bienvenido. La primera causa de esto es que ahora no tiene demasiada necesidad de él; la otra causa es que una partida tan grande de dineros habría hecho que perdiéseis más pronto á Bienvenido, pues pareciéndole estar rico, hubiera comprado bienes en Italia, y una vez que le hubiese dado el capricho de hacerlo, con más facilidad hubiérase partido de Vos. Así, pues, he considerado como lo mejor, que Vuestra Majestad le dé alguna cosa en su reino, si desea que aquél se quede por más largo tiempo á su servicio.

El rey aprobó estas razones por estar en penuria de dineros. Sin embargo, con su altísimo ingenio, digno verdaderamente del rey que era, consideró que dicho cardenal había hecho esta cosa más por hacerse grato que por necesidad, pues no es posible imaginarse ser tan extrema la necesidad de un tan grande reino.

XXXIX.

A pesar de que, según llevo dicho, demostrase el rey tener como buenas las referidas razones, en el secreto de su conciencia no lo entendía así; por eso, conforme

antes dije, al siguiente día de regresar á París, sin que fuese yo á incitarle para ello, por sí mismo vino á mi casa, donde saliendo yo á recibirle, le llevé por diversas estancias en que había obras de varias suertes; y comenzando por las cosas de menor mérito, le mostré mucho número de obras de bronce, de las cuales no había él visto tantas en mucho tiempo.

Luego le conduje á que viera el Jove de plata, y se lo mostré casi concluído con todos sus bellísimos adornos. Le pareció cosa mucho más admirable que hubiera parecido á cualquier otro hombre, á causa de cierto extraño suceso que le ocurrió pocos años antes; y fué, que luego de la toma de Túnez, pasando el emperador por París, de acuerdo con su cuñado el rey Francisco, queriendo dicho rey hacerle un presente digno de tan gran emperador, encargó hiciesen para él un Hércules de plata de tamaño precisamente igual á como había yo hecho el Júpiter; el cual Hércules confesaba el rey que era la obra más fea que jamás hubiese visto, y así se lo había dicho á los que en París pretendían ser los hombres más hábiles del mundo en tal profesión, quienes habían dado á entender al rey que aquello era todo cuanto podíase hacer en plata, y no quisieron menos de dos mil ducados por aquel sucio trabajo. Por aquesta razón, habiendo visto el rey mi obra, encontró en ella tanto esmero y gusto como jamás hubiera podido imaginar. Así, pues, formóse buen juicio, y quiso que mi obra del Jove se valorase también en dos mil ducados, diciendo:

—A aquéllos no les daba yo salario ninguno; éste, á quien doy cerca de mil escudos de salario, no puede, en verdad, hacerla por el precio de dos mil escudos de oro, teniendo ya la susodicha ventaja de su salario.

Después le llevé á que viese otras obras de plata y de oro, y otros muchos modelos para su venta, obras nuevas. Cuando iba á marcharse, en la pradera de mi castillo descubrí aquel gran gigante, á la vista del cual dió muestras el rey de mayor asombro que nunca hubiese manifestado ante ninguna otra cosa; y volviéndose hacia el almirante, el cual se llamaba monseñor Annebault, dijo:

—Puesto que el cardenal no ha provisto á éste de nada, fuerza es que (siendo también él perezoso para pedir)... sin decir nada, quiero que se le haga merced. Pero como aquestos hombres que no acostumbran á pedir nada, parece debido que sus trabajos requieran alta recompensa, por eso será nombrado para la primera abadía que vaque y produzca hasta dos mil escudos de rentas; y dado caso de que no los rente una sola, haced que le den dos ó tres, porque para él será lo mismo.

Estando yo presente, oílo todo, y en el acto di gracias como si ya la tuviese, diciendo á Su Majestad, cómo cuando tal cosa aconteciere quería yo trabajar para Su Majestad, sin otro premio ni salario, ni otra recompensa por mis obras, hasta que constreñido por la vejez y siéndome imposible trabajar más, pudiera yo terminar reposadamente en paz mi cansada vida, viviendo con esas rentas honradamente, y acordándome

de haber servido á un rey tan grande como lo era Su Majestad.

Al oír estas palabras mías, volviéndose el rey afabilísimo con mucha dignidad hacia mí, dijo:

—Hágase así.

Y satisfecho, partióse de mí Su Majestad, y yo me quedé en casa.

XL.

Sabido que hubo madama de Etampes estos negocios míos, más grandemente contra mí se irritaba, diciendo para sí:

—¡Yo gobierno hoy el mundo, y un hombre insignificante tal como aqueste no me estima en nada!

Dedicóse en todo y por todo á obrar en contra mía. Y acertando á caer en sus manos cierto hombre, el cual era un gran destilador (éste la entregó algunas aguas odoríferas y admirables, que la hacían suavizar la piel, cosa jamás usada en Francia), ella lo presentó al rey. El tal hombre propuso algunas de aquestas destilaciones, las cuales pluguieron mucho al rey; y al verle tan placentero, pidió á Su Majestad un juego de pelota que tenía yo en mi castillo, y además ciertas pequeñas estancias, las cuales decía él que yo no usaba.

Aquel buen rey, conociendo por dónde venía la cosa, no daba respuesta alguna. Madama de Etampes se puso á apremiar por aquellas vías con que pueden las muje-

res sobre los hombres, tanto que fácilmente triunfó en aqueste su designio; y encontrando al rey en amorosa disposición, lo cual era en él muy frecuente, complacía tanto á madama cuanto ella deseaba.

Vino dicho hombre juntamente con el tesorero Glorier (1), grandísimo gentilhomme de Francia; y como dicho tesorero hablaba muy bien el italiano, vino á mi castillo y se me presentó hablándome en italiano en son de broma. Cuando le pareció bien, dijo:

—De parte del rey pongo á este hombre que aquí está en posesión de aquel juego de pelota, juntamente con aquellas casetas que á dicho juego pertenecen.

Al oír esto, contesté yo:

—Del sacro rey es todo; por eso más libremente podéis entrar vos aquí dentro; porque haciéndose esto por vía de notarios y de tribunales, más claro se ve que sea un engaño que no una manifiesta comisión de tan gran rey. Y os protesto de que antes de ir á quejarme al rey, me defenderé de la manera como Su Majestad me encargó el otro día que lo hiciese, y os haré saltar por las ventanas aqueste hombre que aquí me habéis introducido, si no veo otra comisión expresa de propia mano del rey.

Al oír estas palabras mías marchóse de allí dicho tesorero amenazando y gruñendo, y yo haciendo otro tanto me quedé, sin querer hacer por entonces ninguna

(1) Juan Glorier de Lyon, estuvo en Milán en 1515, como primer tesorero con Francisco I.

otra demostración; luego me fuí en busca de los notarios que habían puesto á aquel en posesión.

Estos eran muy conocidos míos y me dijeron que aquella era una ceremonia hecha en verdad por encargo del rey, mas no importaba mucho, y que si yo hubiese puesto alguna pequeña resistencia, no hubiera tomado él posesión como lo hizo; y que aquellos eran actos y costumbres de los tribunales que nada tenían que ver con la obediencia al rey; de modo que cuando me pareciese bien quitarle la posesión, de igual modo que en ella había entrado, quedaría hecho y no podría ser otra cosa. Bastóme quedar advertido, pues al otro día comencé á echar mano de las armas; y cuando tuve alguna dificultad, la tomé como recreo. Todos los días hacía de pronto un asalto con piedras, con picas y con arcabuces, pero disparando sin bala; mas les causaba tamaño espanto, que ninguno quería venir más en su ayuda. Por lo cual, encontrando cierto día débil su defensa, entré por fuerza en la casa y le expulsé de ella, arrojándole fuera todo lo que había llevado.

Después acudí al rey y le dije cómo había hecho todo cuanto Su Majestad me hubo de encargar, defendiéndome de todos aquellos que querían estorbarme en el servicio de Su Majestad.

Al oír esto, rióse mucho el rey y me expidió nuevas cartas en virtud de las cuales no tuviera yo que ser molestado más (1).

(1) Esta segunda carta confirmatoria de donación, fechada en 15 de Julio de mil quinientos cuarenta y cuatro, consérvase

XLI.

Entre tanto acabé con grande ahinco el hermoso Jove de plata junto con su base dorada, la cual había yo puesto sobre un plinto de madera que apenas se advertía, y dentro de dicho plinto había puesto cuatro bolas de madera fuerte; las cuales estaban más que medio escondidas en sus cajas, á guisa de mover de ballestas. Estaban tales cosas con tal ingenio dispuestas, que un niño pequeño, en todas direcciones y sin la más mínimo fatiga del mundo, fácilmente empujaba adelante y atrás y daba vueltas á la referida estatua de Júpiter. Habiéndola acomodado á mi manera, me fuí con ella á Fontainebleau, donde estaba el rey.

Por aquel tiempo, el antedicho Bologna había llevado de Roma las estatuas mencionadas (1) y con gran prisa las había hecho fundir en bronce. Yo no sabía nada de esto, tanto porque había llevado él este negocio muy secretamente, cuanto como porque Fontainebleau dista más de cuarenta millas de París, y por ese motivo no había podido saber nada.

Al indicar al rey dónde quería madama de Etampes, quien estaba presente, que pusiera yo el Jove, dijo al

autógrafo en la Biblioteca Palatina. En vez de un destilador refiérese en ella á un tal Le Roux, fabricante de baldosas de barro.

(1) Véase su relación en el cap. XXXVII de este libro, y las notas correspondientes.

rey que no había lugar más apropósito donde colocarlo como su hermosa galería. Esta era, como diríamos en Toscana, un mirador (*loggia*), ó más propiamente hablando, una galería (*androne*); mejor pudiera llamarse galería, porque mirador llamamos nosotros á las estancias que están abiertas por una parte.

Dicha estancia tenía más de cien pasos de larga y estaba adornada con riquísimas pinturas de aquel admirable Rosso, nuestro florentino, y entre las pinturas hallábanse acomodadas muchas esculturas, algunas estatuas y otras en bajo-relieve; su anchura era de cerca de doce pasos.

El antedicho Bologna había llevado á esa galería todas las ya mencionadas obras antiguas, hechas en bronce y muy bien trabajadas, poniéndolas con bellissimo orden en alto sobre sus pedestales; y según dije antes, éstas eran las cosas antiguas más hermosas traídas de Roma. A esa misma estancia conduje mi Jove; y cuando vi aquel gran aparato, hecho todo de intento, dije para mí:

—Esto es como pasar entre picas; ahora sea Dios en mi ayuda.

Después de ponerlo en su lugar y lo mejor acomodado que pude, aguardé á que aquel gran rey viniese. El Júpiter tenía en su mano diestra su rayo en actitud de quererlo arrojar, y en la izquierda habíale puesto el mundo. Entre las llamas coloqué con mucha destreza un pedazo de antorcha blanca.

Y como madama de Etampes había entretenido al rey

hasta la noche para hacer uno de estos dos males, ó que el rey no viniese, ó que mi obra se mostrase menos bella por causa de la noche: según Dios promete á aquellas criaturas que tienen fe en él, sucedió todo lo contrario; porque viendo yo que se hacía de noche, encendí la antorcha que estaba en la mano de Jove; y por hallarse algún tanto levantada sobre la cabeza de Jove, descendían de lo alto las luces y producían mucho mejor vista que de día lo hubieran hecho.

Compareció el rey juntamente con su dama la de Etampes, con el Delfín su hijo, hoy rey, y con la Delfina, con el rey de Navarra su cuñado, con doña Margarita su hija (1) y otros muchos grandes señores, los cuales habían sido aleccionados por madama de Etampes para hablar en contra mía.

Al ver entrar al rey, hice empujar hacia delante por aquel mancebo mío Ascanio (quien movía despacio), el hermoso Jove al encuentro del rey; yo también por mi parte había representado con cierto movimiento dicha figura, y por estar bastante bien hecha hacía parecer viva; y dejándose de este modo algún tanto atrás las mencionadas figuras antiguas, mi obra fué la primera que causó gran placer á los ojos. En el acto dijo el rey:

—Esta es con mucho la cosa más bella que jamás por hombre alguno se haya visto; y aun yo que me recreo y entiendo en ellas, nunca hubiera imaginado la

(1) Margarita de Navarra, hija de Francisco I, casada en segundas nupcias con Manuel Filiberto, duque de Saboya.

centésima parte. Aquellos señores que pensaban hablar en contra de mí, parecía que no pudiesen saciarse de elogiar esa obra. Madama de Etampes replicó audazmente:

—Parece que no teneis ojos. ¿No veis cuántas hermosas figuras de bronce antiguas estan allá colocadas, en las cuales consiste el verdadero mérito de este arte y no en aquestas fruslerías modernas?

Entonces movióse el rey y tras de él los demás; y dando un vistazo á las figuras (las cuales casi no se veían bien por llegarles la luz desde abajo), dijo el rey:

—Quien ha querido desfavorecer á este hombre le ha hecho un gran favor, porque mediante estas admirables figuras se ve y conoce cuánto más bella y portentosa con mucho es la suya que todas aquellas; por ese motivo hay que tener en alta estima á Bienvenido, pues no solo sus obras resisten el parangón de las antiguas, sino que aún las superan.

Al oír esto madama de Etampes, dijo, que cuando se viese de día tal obra, aparecería mil veces menos bella que de noche; también había que considerar cómo había puesto yo un velo sobre dicha figura para tapar las faltas; era éste un velo sutilísimo que había yo puesto con mucha gracia sobre el Júpiter, á fin de añadirle majestad; al oír yo aquellas palabras, levantándolo por abajo descubrí sus magníficos miembros genitales, y con ira un poco exagerada lo desgarré todo. Ella creyó que hubiese yo descubierto tales partes por mofa de ella.

Percatándose el rey de aquella ira y vencido yo por

la pasión, quise comenzar á hablar; en el acto el sabio rey dijo estas precisas palabras en su lengua:

—Bienvenido, te retiro la palabra; así, pues, cállate y tendrás mil veces mayor recompensa de la que apetezcas.

No pudiendo yo hablar, con gran ira me retorció, causa por la cual más irritada gruñía ella; y el rey partióse bastante más presto de lo que hubiera hecho, diciendo fuerte para darme ánimos cómo había sacado de Italia el mayor hombre que jamás naciera, tan maestro en su profesión.

XLII.

Dejé allí el Júpiter, y queriéndome partir de mañana, me hizo dar mil escudos de oro; parte eran por mi salario y parte de cuentas en que mostraba yo haber gastado de lo mío. Tomado que hube los dineros, alegre y satisfecho me torné á París; y tan pronto como llegué hice fiesta en casa, y luego de comer hice que me trajesen todos mis vestidos, los cuales eran en gran número, de seda, de pieles muy finas y también de sutilísimos paños. De aquestos hice á todos cuantos trabajaron conmigo un presente, dándolos conforme á los méritos de cada cual de esos servidores, incluso á las criadas y á los mozos de cuadra, prestando ánimos á todos para que me ayudasen de buena gana.

Luego de recuperado el vigor, con grandísimo estu-

dio y afan púseme á concluir aquella gran estatua de Marte, la cual había hecho con maderos muy bien sujetos por armadura; y sobre sus carnes había una costra de yeso de un octavo de brazo de gruesa y diligentemente trabajada; después había proyectado fundir en muchas piezas dicha figura y unirlas luego en cola de golondrina, como el arte enseña, con lo que muy fácilmente la tendría hecha.

No quiero dejar de decir una particularidad de aquesta gran obra, cosa verdaderamente digna de risa, y es que había yo mandado á todos aquellos á quienes daba salario que á mi casa y á mi castillo no condujesen meretrices; y sobre esto ponía yo mucho empeño en que tal cosa no sucediese.

Aquel Ascanio, mi discípulo, ha bíase enamorado de una bellísima joven, y ella de él; por lo cual, habiéndose huido dicha joven de su madre y venidose una noche en busca de Ascanio, no queriéndose marchar luego y no sabiendo él dónde esconderla, en último remedio y como persona ingeniosa la metió dentro de la estatua del antedicho Marte, y en la propia cabeza de éste la acomodó para que durmiese; allí se estuvo bastante tiempo, y por la noche la sacaba él algunas veces en silencio. Por haber dejado aquella cabeza muy próxima á su término (que por un poco de vanagloria mía dejé descubierta dicha cabeza, la cual veíase desde la mayor parte de la ciudad de París), los vecinos más próximos habían comenzado á subirse sobre las techumbres, y había bastante gente popular apostada para verla.

Corría por París el rumor de que antiguamente habitaba un espíritu en mi castillo, acerca de lo cual no ví signo alguno para hacer creer que así fuese verdad (toda la plebe de París llamaba á dicho espíritu con el nombre de Lemmonio Boreo) (1); y como aquella muchacha que habitaba en la referida cabeza algunas veces no podía evitar el que se viese al través de los ojos cierto pequeño movimiento, por eso algunos de aquellos necios plebeyos decían que dicho espíritu había entrado en el cuerpo de aquella gran estatua, y que hacía mover á aquella cabeza los ojos y la boca como si quisiera hablar; y espantados, partíanse muchos, mientras que algunos astutos que vinieron á verlo y no podían por menos de creer en el relampagueo de los ojos de dicha estatua, afirmaban también que allí había espíritu; sin saber que no sólo había espíritu, sino además buena carne.

XLIII.

En aquel mientras, dedicábame yo á armar el conjunto de mi puerta con todas las supraescritas cosas. Y como no quiero curarme de escribir en aquesta mi

(1) Como Cellini desfiguraba muchas palabras, se ha dado al nombre de Lemmonio Boreo el significado de *Le démon bourreau* (el demonio verdugo), y también de *Le moine bourru* (el fraile de burdo). Dice Littré que este era un fantasma ó aparecido objeto de superstición, y se llamaba así porque se le representaba con hábito burdo.

Vida nada que incumba á quienes escribían las crónicas, por ese motivo pasé por alto la venida del emperador con su grande ejército, y del rey con toda su fuerza armada.

Por estos tiempos buscó mi consejo para fortificar con presteza á París. Vino aposta por mí á mi casa, y me llevó en torno de toda la ciudad de París; y escuchando las buenas razones con que yo le decía cuán prestamente fortificaríale París, dióme encargo expreso de que cuanto había yo dicho se hiciese en el acto, y ordenó á su almirante que mandase al pueblo que me obedeciera, so pena de incurrir en su enojo.

El almirante, que lo era por el favor de madama de Etampes, y no por sus buenos servicios, por ser hombre de poco ingenio (su nombre era el de monseñor de Annebault, que en nuestra lengua quiere decir monseñor Annibal, mas en su lengua suena de tal modo, que el popular le llamaba señor Asno-Buey) (1), aquel bestia se lo refirió todo á madama de Etampes (2), quien le mandó que á escape hiciese venir á Jerónimo Bellarmato.

Éste era un ingeniero sienés que estaba en Dieppe,

(1) Juego de palabras por semejanza de sonido entre las voces *Annebault* y *Ane-Bœuf* (asno-buey), que suenan una y otra aproximadamente así: *Anbó*.

(2) La duquesa de Etampes (N. en 1508, + 1576) hacía traición á su rey Francisco I vendiendo los secretos de Estado, para favorecer los triunfos de Carlos V y de Enrique VIII en Francia, con el intento de rebajar al Delfín, encargado de combatirlos, y por envidia á la mayor belleza de Diana de Poitiers, favorita de éste.

á poco más de una jornada de París. Vino en seguida y poniendo por obra los medios más largos de fortificar, me retiré de aquella empresa; y si el emperador llega á presentarse antes, con gran facilidad hubiérase apoderado de París. Bien se dijo que en aquel acuerdo hecho después, madama de Etampes, que medió en él más que ninguna otra persona, había hecho traición al rey. No me ocurre decir ninguna otra cosa acerca de esto, porque no entra en mi propósito.

Púseme con gran instancia á armar el conjunto de mi puerta de bronce y á concluir aquel gran vaso y otros dos medianos, hechos éstos con plata mía. Después de tales tribulaciones, vino el buen rey á descansar algún tanto en París. Habiendo nacido aquella maldita mujer como para ruina del mundo, parecióme que algo valía yo, puesto que me tuvo por su enemigo capital.

Recayendo su conversación con aquel buen rey á propósito de mis cosas, habló ella tan mal de mí, que aquel pobre hombre, por complacerla, púsose á jurar que nunca más en el mundo haría cuenta de mí, como si jamás conocido me hubiese. Estas palabras vínome las á decir en el acto un paje del cardenal de Ferrara, quien se llamaba Villa, y me dijo haberlas oído él mismo de boca del rey. Pusiéronme en tanta cólera estas cosas, que, echando á rodar todas mis herramientas y aun todas las obras, me dispuse para marcharme, y en el acto fuí en busca del rey.

Después de su comida entré en una cámara donde

estaba Su Majestad con poquísimas personas, y cuando me vió entrar, al hacerle yo aquella debida reverencia que corresponde á un rey, en seguida, con regocijado rostro, inclinóme la cabeza. Por lo cual cobré esperanza y me acerqué á Su Majestad poco á poco, porque estaba mostrando él algunas cosas de mi profesión; y luego que se hubo conversado un rato sobre dichas cosas, me preguntó Su Majestad si tenía yo alguna cosa buena que mostrarle en mi casa, añadiendo que cuándo quería yo que fuese él á verlas.

Entonces le contesté cómo estaba dispuesto á enseñarle alguna cosa, si quería verla entonces. Contestó al momento diciendo que me encaminase á mi casa, pues quería ir él en seguida.

XLIV.

Me marché para esperar á aquel buen rey, el cual había ido á pedir licencia á madama de Etampes. Queriendo ella saber adónde iba, dijo que iría á acompañarle; más cuando el rey la hubo dicho dónde iba, dijo ella á Su Majestad que no quería ir con él y que le rogaba cómo por aquel día la hiciese la merced de no ir él tampoco. Tuvo que diferirse más de dos veces, queriendo disuadir al rey de aquella empresa; por aquel día no vino á mi casa.

El día siguiente fuí á ver al rey á la misma hora; tan pronto como me vió juró, que quería ir al momento á